

# Dirigir empresas con sentido cristiano

También en la dirección de empresas y en la gestión de los negocios, los cristianos deben saber comportarse como sal de la tierra y luz del mundo. El Gran Canciller de la Universidad de Navarra subraya en este artículo las principales enseñanzas del beato Josemaría a los empresarios y directivos

Siento una profunda alegría al dirigirme, con ocasión del centenario del nacimiento del beato Josemaría Escrivá de Balaguer, a quienes trabajan en el IESE y a todos los que, de una forma u otra, se relacionan con este Instituto.

Recuerdo el afecto con que el beato Josemaría acudió a un encuentro que, en noviembre de 1972, mantuvo en el IESE con empresarios, directivos y empleados. Con un gesto nada frecuente en aquellos encuentros familiares, al comienzo de la tertulia abrió un ejemplar de los Evangelios, y leyó algunos de los textos que relatan la mirada y las alabanzas de Jesús a los protagonistas de la actividad económica, a los emprendedores y hombres de negocios.

Inició esa charla aludiendo a la falsa opinión –difundida entonces, como hoy, en muchos lugares– de una supuesta incompatibilidad entre las actividades económicas y la conciencia cristiana. «No sé por qué algunos murmuran de los que trabajáis en los negocios, y de los que os preparáis para realizarlos cada día mejor, más abundantes y con más provecho... Es el Señor quien recomienda vuestro trabajo.» Y aseguraba: «A vosotros os debe la sociedad esa cantidad de puestos de trabajo que creáis. El país os debe la prosperidad. A vosotros os deben, tantas gentes, esta promoción de la vida nacional. Haced, por tanto, una labor muy cristiana.»

De esta enseñanza del Fundador del Opus Dei querría partir yo, para animaros a proseguir en vuestro empeño con claro sentido cristiano, con sincero afán de servicio.

No son pocos los textos evangélicos que tratan de la actividad económica, nobilísima en sí misma cuando es ejercitada por personas honradas. San Mateo es quien recoge más enseñanzas del Señor sobre esta materia: no en vano, antes de ser Apóstol,

había trabajado como recaudador de impuestos. Él nos transmite un buen número de parábolas que tienen como protagonistas al mercader que se dedica al comercio de perlas finas; al que encuentra un tesoro escondido y vende todo lo que posee para adquirirlo; a quienes trabajan en el sector de la pesca y, antes de sacar a subasta el producto de sus fatigas, separan el pescado bueno del poco apreciado; a los que reciben en depósito una cantidad determinada de dinero líquido (en la unidad monetaria más preciada entonces, el talento), con el encargo de hacerlo rendir, poniendo en juego su habilidad y su espíritu de iniciativa; al terrateniente que necesita contratar muchos obreros para la vendimia, porque sus viñas han producido abundante fruto... (cfr. Mt 13, 44-50; 25, 14-28; 20, 1-16).

San Lucas, por su parte, nos relata la historia de Zaqueo, un publicano que, al parecer, se había enriquecido injustamente, pero que se convierte y se muestra decidido a reparar (cfr. Lc 19, 1-10). En todos estos casos, Jesús muestra su aprecio por quienes hacen rendir con rectitud los medios materiales, tan necesarios para que los hombres lleven una vida digna.

## Mejores empresarios para servir a la sociedad

El beato Josemaría –como yo ahora– sentía muy suya la responsabilidad de la orientación cristiana de la labor que se realiza en y desde el IESE. Su corazón sacerdotal le movió a impulsar la fundación de esta escuela de dirección: soy testigo de cuánto esperaba del IESE, en el campo de la preparación de empresarios y directivos. Junto a un mejoramiento de su profesionalidad para servicio de la sociedad, soñaba en las consecuencias que se derivarían del hecho de formarlos con un conocimiento profundo de la fe y de la moral de Jesucristo, de la doctrina social de la Iglesia.

Doy gracias a Dios porque este servicio, desde hace años, es una realidad; y no sólo en el IESE, sino en otras muchas instituciones similares de varias partes del mundo. Apoyados en el impulso espiritual y en el celo apostólico del beato Josemaría, han surgido en muchos otros países centros inspirados en el modo de hacer del IESE. Se ha demostrado y se demuestra una tarea muy necesaria en el actual contexto histórico, y lo será siempre. Porque también en este sector de la actividad profesional, los cristianos han de ser y comportarse como sal de la tierra y luz de mundo (cfr. Mt 5, 13-14).



**Monsieur Javier Echevarría**  
Prelado del Opus Dei.  
Gran Canciller de la  
Universidad de Navarra.



Quienes se dedican a la empresa, naturalmente han de buscar obtener ganancias, como justa retribución a sus esfuerzos y del servicio que prestan a la sociedad. Pero han de evitar la tentación de buscar el dinero, el poder o el éxito personal por encima de todo

El mensaje y el espíritu del Opus Dei, que el Señor confió a al beato Josemaría en 1928, se enraíza enteramente en el Evangelio y, como el Evangelio, se dirige a personas de todo oficio, estado y condición. Monseñor Escrivá de Balaguer, en su calidad de sacerdote de Jesucristo, solía afirmar que tenía «un solo puchero y un solo alimento» para todos: el espíritu de Cristo, que se adapta perfectamente a cualquier realidad humana noble y hace posible elevarla a un plano más alto. Recordaba que Dios «a cada uno llama a la santidad, de cada uno pide amor (...), trabajen donde trabajen, estén donde estén» («Amigos de Dios», n. 294). Animaba a todos a crecer en la familiaridad y en la confianza con Jesucristo, a tratarle en la oración y en la Eucaristía.

Es este un mensaje universal, destinado también a los hombres y mujeres de acción, con muchas tareas que realizar y cargos de responsabilidades en el gobierno de las personas y de las empresas. Pero esa familiaridad con Dios, si es auténtica, ha de manifestarse en todas las esferas de la existencia: en la educación de los hijos, en el modo de enfocar el trabajo, en la actuación pública; con esa «unidad de vida sencilla y fuerte» («Es Cristo que pasa», n. 10), predicada constantemente por el beato Josemaría, que impulsa a ligar estrechamente entre sí, sin confundirlos, los diversos ámbitos de la actividad humana.

### Respetar la jerarquía de valores

Quienes se dedican a la empresa, naturalmente han de buscar obtener ganancias económicas razonables, como justa retribución de sus esfuerzos y del servicio que prestan a la sociedad. Pero han de evitar la tentación de buscar el dinero, el poder o el éxito personal por encima de todo. Lo advierte claramente el Señor: «Nadie puede servir a dos señores –dice–, porque o tendrá aversión a uno y amor al otro, o prestará su adhesión al primero y menospreciará al segundo: no podéis servir a Dios y a las riquezas» (Mt 6, 24).

El dinero –como el poder o el prestigio– es sólo un instrumento; no debe convertirse en fin. Sólo Dios, la búsqueda de su gloria, constituye el fin –el único Fin, con mayúscula– digno del hombre. Por eso, y no sería bueno silenciarlo, el mismo Jesús que alaba el uso noble de las riquezas, reprocha la actitud de un hombre necio que, al recibir unos beneficios imponentes, no piensa ni en los demás, ni en su alma.



## Como señalaba el beato Josemaría en una de sus homilias, «un hombre o una sociedad que no reaccione ante las tribulaciones o las injusticias, y que no se esfuerce por aliviarlas, no son un hombre o una sociedad a la medida del Corazón de Cristo»

Releamos esta página del Evangelio. Las tierras de cierto hombre rico dieron mucho fruto. Y se puso a pensar para sus adentros: «¿Qué puedo hacer, ya que no tengo dónde guardar mi cosecha?». Y se dijo: «Esto haré: voy a destruir mis graneros, y construiré otros mayores, y allí guardaré todo mi trigo y mis bienes. Entonces le diré a mi alma: “Alma, ya tienes muchos bienes almacenados para muchos años. Descansa, come, bebe, pásalo bien”. Pero Dios le dijo: «Insensato, esta misma noche te van a reclamar el alma; lo que has preparado, ¿para quién será?». Así ocurre al que atesora para sí y no es rico ante Dios» (Lc 12, 16-21).

No se le reprochan las ganancias obtenidas, sino el uso egoísta y desordenado que planeaba, olvidando que no era más que administrador de unos bienes confiados por el Señor, y descuidando los precisos deberes de solidaridad con los más necesitados.

Siempre se debe respetar la jerarquía objetiva de los valores, sin convertir los medios en fines. Y la economía es un medio para el bien de las personas. Por eso, buscar las ganancias, sí, pero a la vez, afán de servir, con desprendimiento personal, con austeridad, abiertos a un mundo y a un tiempo que están llenos de necesidades. Así lo manifestaba el Fundador del Opus Dei en aquella ocasión de 1972 a la que me refería antes: «El Señor alaba vuestros negocios. Pero si no ponéis amor, un poco de amor cristiano; si no añadís el deseo de dar gusto a Dios, estáis perdiendo el tiempo».

Los beneficios, además, han de ser alcanzados con justicia, que no consiste sólo en cumplir lo que está fijado por las leyes. Al beato Josemaría, en su predicación, le gustaba dar a la justicia todos su amplio sentido. No aceptaba la visión de quienes reducen esa virtud cardinal a una simple distribución de bienes materiales. Por el contrario, afirmaba, la justicia «nos empuja a mostrarnos agradecidos, afables, generosos; a comportarnos como amigos leales y honrados, tanto en los tiempos buenos como en la adversidad; a ser cumplidores de las leyes y respetuosos con las autoridades legítimas; a rectificar con alegría, cuando advertimos que nos hemos equivocado al afrontar una cuestión. Sobre todo, si somos justos, nos atenderemos a nuestros compromisos profesionales, familiares, sociales... sin aspavientos ni pregonos, trabajando con empeño y ejercitando nuestros derechos, que son también deberes» («Amigos de Dios», n. 169).

A todos nos consta que nunca pueden tratarse las personas como simples medios. Un cristiano ve en cada hombre, en cada

mujer, sea quien sea, un hijo de Dios. Por eso, el beato Josemaría repetía que el cumplimiento de la estricta justicia se queda corto, y sólo resulta verdaderamente humano cuando va acompañado de la caridad, del amor. Al poner de esta forma las personas en el primer lugar, se iluminan también las relaciones humanas en la empresa, que han de ir mucho más allá de los estrictos intercambios contractuales.

### La convivencia en la empresa

Al trabajar y convivir con otras personas, se comparten esfuerzos, alegrías, sinsabores. Y en esa convivencia se ponen en juego muchas virtudes que son un bien para el individuo, para la familia, para la empresa, para la sociedad. El Papa Juan Pablo II recordaba este mensaje —que es central en las enseñanzas y en la investigación que se desarrollan en el IESE— cuando escribía en su encíclica *Centesimus annus* que «es el trabajo disciplinado, en solidaria colaboración, el que permite la creación de comunidades de trabajo cada vez más amplias y seguras para llevar a cabo la transformación del medio ambiente natural y la del mismo ambiente humano» (n. 32).

Procuremos que no se pierda de vista que la empresa alberga una comunidad de personas llamadas a crecer en su humanidad, como hombres y como hijos de Dios. Una especial responsabilidad compete a los directivos para hacer realidad ese reto, de modo que cada uno alcance esa meta en su propio puesto. Aquí se demuestra la importancia de ser coherentes con la propias convicciones, ejemplares en la conducta, amables en el modo de tratar a los subordinados, solícitos en la formación de los colaboradores, justos a la hora de organizar el trabajo y de valorar la actividad realizada, prudentes para resolver los problemas que se presenten, fuertes para afrontar las dificultades.

### Sensibilidad social

La empresa presenta una estupenda realidad humana que beneficia a todos: crea empleo, proporciona bienes y servicios, mejora la eficiencia, distribuye la riqueza, contribuye al bienestar: es un gran bien social. Sin olvidar este fin, puede y debe contribuir además al bien de otras instituciones, de otros intereses, como la ciudadanía, las familias y muchos grupos sociales. Hacen falta directivos y empresarios que se sientan muy sensibles ante estas realidades del entorno de la empresa. El beato Josemaría rezaba para que Dios se sirviera del trabajo que se realiza en el IESE, con



Los empresarios y directivos han de ordenar con generosidad sus planes y encontrar el tiempo necesario para tratar a Dios en la oración personal, para recibir con la debida frecuencia los sacramentos, y mejorar así su formación cristiana

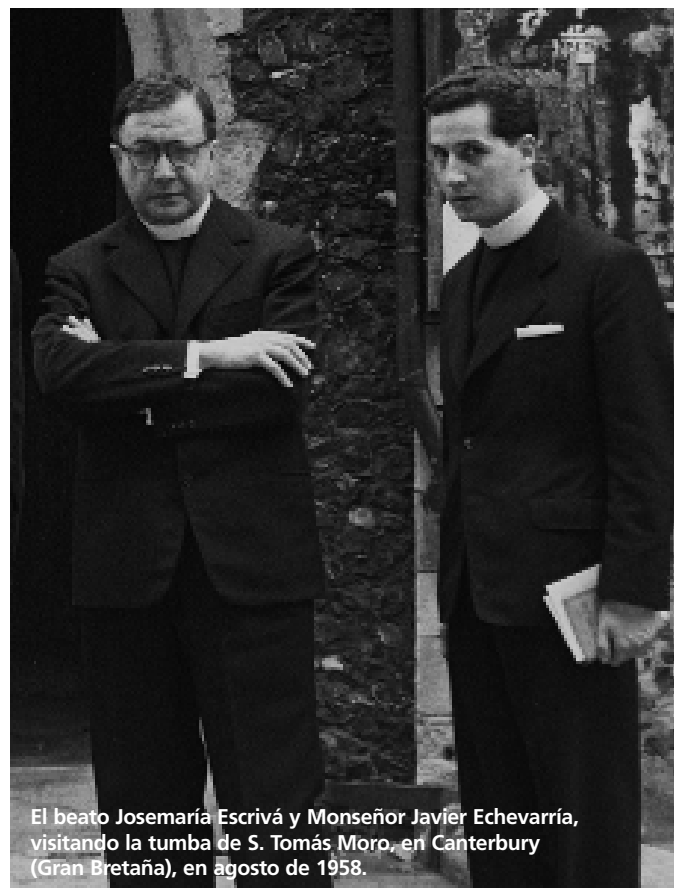
el fin de hacer una extensa siembra de directivos comprometidos en iniciativas de servicio, bien planteadas según lo requieran las necesidades de cada tiempo y lugar, y con auténtica proyección cristiana. ¡Qué necesidad hay de hombres capacitados y que, movidos por su propia conciencia –muchas veces cristianos, junto con otros que quizá no conocen a Cristo, pero que alienan esos mismos ideales de servicio–, se empeñen en promover soluciones serias a los graves problemas del propio entorno social y humano, hoy ya global! Como señalaba el beato Josemaría en una de sus homilias, «un hombre o una sociedad que no reaccione ante las tribulaciones o las injusticias, y que no se esfuerce por aliviarlas, no son un hombre o una sociedad a la medida del Corazón de Cristo» («Es Cristo que pasa», n. 167). Esa sensibilidad se manifestará, pues, en obras de solidaridad y de servicio.

En este contexto, desearía subrayar la particular sensibilidad que merecen los deberes y derechos familiares de cuantos trabajan en la empresa. La familia y los hijos no deben separarse de la persona misma del trabajador. El trabajo, para ser humano, no debería impedir nunca una adecuada dedicación a la familia.

¡Cómo le gustaba repetir al Fundador del Opus Dei que «el mejor negocio son vuestros hijos»! Con mucho acierto, el Consejo de Dirección del IESE ha elegido este punto, verdaderamente central de la construcción de la dignidad de las personas, para el XII Simposio Internacional Ética, Empresa y Sociedad, que sobre el tema “Trabajo, familia y sociedad en el siglo XXI”, se ha celebrado precisamente con motivo del centenario del nacimiento del beato Josemaría.

### Lo único necesario: encontrar tiempo para Dios

Ciertamente, el concepto de directivo de empresa alude a un hombre de acción, sometido a muchas exigencias, que a menudo experimenta temores ante incertidumbres y factores difíciles de controlar. Con frecuencia le falta tiempo, e incluso atraviesa situaciones de verdadero estrés. Sin embargo, y por paradójico que pueda parecer, los directivos y los empresarios, sin descuidar en lo más mínimo su competencia profesional y su diligencia, además de la lógica y preferente atención a su familia, han de ordenar con generosidad sus planes y encontrar el tiempo necesario para tratar a Dios en la oración personal, para recibir con la debida frecuencia los sacramentos, y mejorar así su formación cristiana.



El beato Josemaría Escrivá y Monseñor Javier Echevarría, visitando la tumba de S. Tomás Moro, en Canterbury (Gran Bretaña), en agosto de 1958.

De esta forma el tiempo se multiplica: se encuentran modos nuevos de trabajar y de hacer rendir los minutos, se actúa con mayor serenidad, fruto de la presencia de Dios, y, en consecuencia, hasta las mismas tareas que a veces pueden agobiar se llevan a cabo con más provecho.

Así actuó siempre el beato Josemaría. Porque estaba metido en Dios, a quien daba la completa prioridad de toda su vida, fue instrumento fidelísimo en sus manos, como el Santo Padre se dispone a reconocer oficialmente, el próximo día 6 de octubre, proclamándolo Santo. Su ejemplo y sus enseñanzas nos interpelan fuertemente a cuantos estamos relacionados con el IESE, para que todas las actividades continúen su fecunda aportación en el ancho mundo de la empresa. ■